

COLECCIÓN
♦ DE POESÍA ♦
HUGO GUTIÉRREZ VEGA

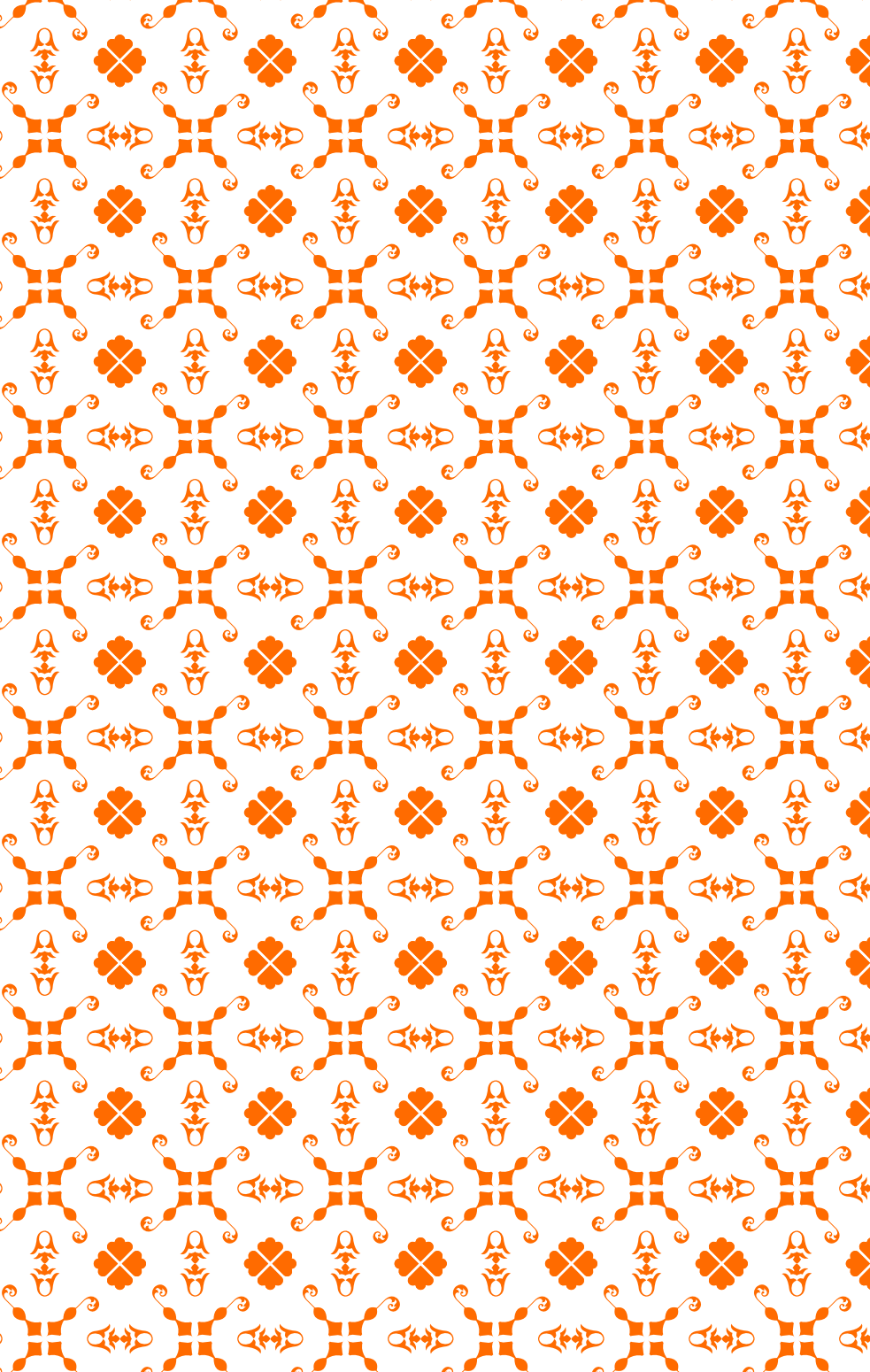
scenario abierto

Poemas en torno a la ciudad

Selección y prólogo de Jorge Souza Jauffred



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura





scenari abierto

Poemas en torno a la ciudad

Selección y prólogo de Jorge Souza Jauffred

COLECCIÓN
◆ DE POESÍA ◆
HUGO GUTIÉRREZ VEGA



Fscenario abierto

Poemas en torno a la ciudad

Selección y prólogo de Jorge Souza Jauffred



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura



Ricardo Villanueva Lomeli
Rectoría General

Héctor Raúl Solís Gadea
Vicerrectoría Ejecutiva

Guillermo Arturo Gómez Mata
Secretaría General

Carlos Iván Moreno Arellano
Coordinación General Académica

Patricia Rosas Chávez
Dirección de Letras para Volar

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial



**Programa Universitario
de Fomento a la Lectura**

Primera edición electrónica, 2019

Directores de la colección
Hugo Gutiérrez Vega †
Lucinda de Gutiérrez Vega †

Coordinador de la colección
Jorge Alfonso Souza Jauffred

Selección y prólogo
Jorge Alfonso Souza Jauffred

D.R. © 2019, Universidad de Guadalajara



José Bonifacio Andraza 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657, Guadalajara, Jalisco
www.editorial.udg.mx

Noviembre de 2019

ISBN 978-607-547-777-0



Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercialSinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos comerciales. Para más detalles consúltese <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

Hecho en México
Made in Mexico

Estimado lector:

A casi una década de su creación, el Programa Universitario de Fomento a la Lectura Letras para Volar, se ha consolidado como una iniciativa de responsabilidad social de gran alcance. Este Programa atiende un problema social que se encuentra en la base de la educación y realiza acciones no sólo para el desarrollo de habilidades como leer y escribir en el ámbito universitario, sino que también promueve el placer por la lectura y el acceso a los libros.

Sabemos que existe una correlación positiva entre la cantidad de libros que se poseen y el desempeño académico; sin embargo, en México sólo una de cada cuatro personas tiene más de 25 libros en su hogar (Conaculta, 2016). Por eso, la Universidad de Guadalajara se ha empeñado en aportar tirajes masivos para hacer accesible la lectura, así como desarrollar una serie de actividades que promuevan el gusto por ésta.

Las colecciones literarias de narrativa, Caminante Fernando del Paso; de poesía, Hugo Gutiérrez Vega, y de ensayo, Fernando Carlos Vevia Romero, expresan

un mensaje que la Universidad de Guadalajara quiere transmitir a toda la ciudadanía: leer es importante, leer es placentero, leer es transformador, leer es posible.

¡Que ningún universitario se quede sin leer!

Ricardo Villanueva Lomelí

Rector General

Universidad de Guadalajara

Índice

- 13** **Prólogo**
- 17** **Jorge Orendáin**
Mi ciudad tiene sólo una calle...
- 18** **Visión de Ayodya**
(Fragmento del Ramayana)
- 20** **Bernal Díaz del Castillo**
Descripción de Tenochtitlan
- 21** **Tenochtitlan. Cantar mexicano***
Anónimo
- 22** **Charles Bukowsky**
Un poema es una ciudad
- 24** **Jorge Souza Jauffred**
El ciudadano
- 27** **Carmen Villoro**
Seven Eleven
- 30** **Wang Wei**
Canción para la Ciudad de Wei

- 31** **Hugo Gutiérrez Vega**
III
- 32** **Dante Medina**
Dibujo al atardecer en una ciudad
- 34** **María Baranda**
Arcadia (fragmento)
- 36** **Alfonsina Storni**
Momento
- 37** **Jorge Orendáin**
Urbana
- 39** **Enrique Macías**
Arte antipoética
- 40** **Francisco de Molina**
Quadrant de pols blava
- 41** **Efraín Huerta**
Declaración de odio
- 47** **Raúl Bañuelos**
Poema para un niño de edad innumerable
(fragmento)

- 49** **Marco Antonio Campos**
Qué ha sido de mis amigos
- 50** **Elizabeth Bishop**
Ciudad nocturna
- 52** **Charles Baudelaire**
El sol
- 53** **José Asunción Silva**
El mal del siglo
- 54** **Jaime Sabines**
Las sirenas de los barcos
- 55** **Maylen Domínguez**
En una extraña ciudad hay una escuela
- 57** **Pablo Manuel Guerra**
Desideratum
- 58** **Lionel Valdivia**
Esa otra ciudad
- 59** **Federico García Lorca**
El poeta pregunta a su amor
por la «ciudad encantada» de Cuenca

- 60** **José Tiquet**
Yo salí de mi casa
- 62** **Greta Rodríguez**
El silencio
- 63** **José Emilio Pacheco**
Alta traición
- 64** **Liudmila Quincoses**
Casablanca
- 65** **Víctor Hugo**
Ayer, al anochecer
- 66** **Ramiro Lomelí**
Ciudad
XXXV
- 68** **Allen Ginsberg**
Lamentación del sin techo
- 69** **Raúl Aceves**
El lugar de la turquesa (fragmentos)
- 71** **Elizabeth Flores**
Canto de poema sobre cama

- 73** **Françoise Roy**
Ecléctica
- 74** **Luis Armenta Malpica**
Ciudad de mar interno
- 85** **Hermenegildo Olguín**
A la ciudad perdida
- 87** **Coral Bracho**
Imagen al amanecer
- 89** **Minerva Margarita Villarreal**
Farmacia
- 91** **Carlos Prospero**
Domingo septembrino
- 93** **Roberto Arizmendi**
La ciudad te espera
- 94** **John Keats**
A quien en la ciudad estuvo largo tiempo...
- 95** **Elva Macías**
Breve fundamento para una ciudad

97	Charles Baudelaire Los siete viejos
100	Jorge Souza Jauffred XV
101	Autores

Prólogo

JORGE SOUZA JAUFFRED

En los laberintos de las ciudades —luminosos a veces, opacos y temibles otras— los seres humanos, como en espejos rotos, se reflejan. A cada paso dejan, inconscientes, los rasgos de su rostro; con cada movimiento describen, sin saberlo, su destino; con cada decisión muestran a oscuras sus gritos y silencios, sus pulsiones, sus goces y el canto de sus almas.

La vida, esa joya exquisita y dolorosa que se entrega en las manos por obra del milagro, enciende y se despliega, o se apaga y se hunde, en las ciudades. Siempre en las ciudades.

La ciudad, en sus múltiples formas, es lugar de cobijo y de resguardo; pero también, a veces, purgatorio. En un sentido amplio, diremos que no es necesario que la habiten millones; basta cualquier espacio donde es posible reunirse en rededor del fuego, para formar una pequeña patria, un sitio propio, una *ciudad*, de corazón abierto.

Por eso, podemos llamar ciudades a los conglomerados prehistóricos, donde el hombre de Neanderthal defendía territorios que el Sapiens le arrancaba. O, más cerca en el tiempo, ciudades como Ayodia, donde hace miles de años se fraguó la terrible batalla descrita en los antiguos relatos de la India. Ciudades como Petra, labrada sobre piedras del desierto en tiempos ancestra-

les; o como aquellas urbes de la Mesopotamia, que grabaron su memoria en tablillas de arcilla, en *bibliotecas*. O como las ciudades de América prehispánica, construidas sobre lagos o sobre montes.

Tenochtitlan, Ur, Babilonia, ciudades todas que vivieron su auge y su caída ante las fuerzas que se agitan en la historia. Los hombres las edificaron, los hombres las demolieron. La rueda gira y el tiempo, implacable, cae sobre los conglomerados humanos con sus garfios y garras.

Todo esto y mucho más es motivo para la poesía. Una ciudad prehispánica ha sido objeto del canto de los viejos poetas; una urbe asiática de hace miles de años pervive en su recuerdo gracias a la poesía; una pareja de novios es recordada porque la ha visto el poeta y la describe; un hombre reconoce que pertenece a una ciudad y entonces canta, ahonda en su visión y deja establecido que también la ciudad le pertenece.

La ciudad siempre es el foro donde se representa el drama de la historia humana. La historia y las historias de sus habitantes, el relato que conlleva cada vida, con sus angustias y sus iluminaciones. Y es el poeta el que recoge, porque los ha vivido, el gozo y el dolor de esa existencia y los muestra en el canto, en el poema.

Pero también en las ciudades existen sótanos y pasadizos donde toman forma las pesadillas. Se construyen penitenciarías para encarcelar a los transgresores; en secreto, los criminales forjan “casas de seguridad”,

bandas de sicarios dejan una huella de dolor en sus alrededores y construyen una atmósfera de temor que se expande sobre la urbe.

Y, sin embargo, en ella, entre sus límites, vivimos. En ella, en la ciudad, crecemos, estudiamos, nos enamoramos y asimilamos las experiencias de cada día, las enseñanzas que la vida nos deja entre las manos.

La ciudad se ha convertido en una madre de nosotros, hombres de la ciudad y de la historia. Las estructuras del poder, en todos los niveles, están ligados a ella; sus jardines son expresión de esparcimiento, pero sus muros, representación de los anhelos y las limitaciones humanas.

Y, sobre todo, la ciudad es el escenario en el que desenvolvemos la obra de nuestra propia existencia; en ella nos movemos en busca de cariño, nos preparamos para obtener diversión; llenamos sus rincones de recuerdos; y nos llevamos, asimismo, en algún espacio del corazón, ciertos lugares, una conversación, un par de ojos, su mirada, inolvidable, sin duda, hasta los días finales de la vida.

A veces, la palabra del vate se tiende extensamente para describir la urbe; pero, otras, solamente enfoca una ventana, un Seven Eleven, una farmacia o un detalle de la vida del ciudadano de antes o de ahora. Es ahí, en el espacio conceptual que el poema despliega, donde nos encontramos con un reflejo de nosotros mismos; porque nosotros, como los autores que reúne este libro,

conocemos el tránsito que ellos nos describen; sus palabras son también nuestras, sus corazones semejantes a los que guarda nuestro pecho.

Una muestra de estos cantos innumerables a la ciudad se presenta en este breve libro que, sin embargo, pretende tocar el ánimo de los jóvenes lectores y dejar en su memoria un testimonio del poder de la palabra en tanto que constructora de cantos que, a su vez, nos obligan a ver una ciudad más amplia, más nuestra y generosa, porque se levanta ante los ojos de la imaginación.

Así, esta antología nos ofrece también la posibilidad de abrir múltiples puertas hacia distintas formas de entender la ciudad. Cada una de ellas nos ofrece un obsequio: palabras luminosas que nos conducirán, inevitablemente, a nuestro propio rostro, porque lo que la poesía comparte, como bien lo dijo el poeta tapatío Hugo Gutiérrez Vega, es aquello que a todos pertenece.

Jorge Orendáin

Mi ciudad tiene sólo una calle
donde es posible recorrer
el mundo

Visión de Ayodya

(Fragmento del Ramayana)

Ayodia, altiva, orgullosa y bella, como la ciudad de Indra, se levantaba cerca de las límpidas aguas del Sarayú.

Los corazones de sus habitantes no sabían lo que era la envidia ni sus bocas la mentira.

Las familias tenían trigo y animales, y nadie era pobre allí, pues los vecinos se ayudaban unos a otros.

Las mujeres llevaban profusión de anillos y pendientes, guirnaldas de flores y ungüentos perfumados, y sus collares y brazaes estaban formados de relucientes monedas.

Los hombres guardaban sus juramentos y las mujeres eran fieles y dulces.

Los hombres nacidos dos veces estaban libres de toda pasión o ambición de riquezas y eran fieles a la palabra dada y a sus ritos y escrituras.

En cada casa se adoraba a los dioses y se adornaba un altar. [...]

Sus guerreros, que jamás habían mostrado la espalda al enemigo, valientes y vigorosos, defendían las murallas de Ayodia como los leones su cueva.

Como los corceles veloces de Indra eran los caballos que venían del Cambodge lejano, de Vanaya y Valika, y hasta de la playa de Sindu, rodeada de rocas.

Los elefantes, procedentes de las altas montañas de Vindia o de los bosques profundos y oscuros que rodean la cima del Himalaya, no tenían comparación en cuanto a velocidad y fuerza y eran más nobles que los que engendra la raza de los elefantes celestes.

Así, la bella ciudad de Ayodia vivía dichosa, bajo el imperio de Dasarata.

Bernal Díaz del Castillo

Descripción de Tenochtitlan

“[...] y desde que vimos tantas ciudades y valles poblados en el agua y en la tierra firme y otras grandes poblaciones y aquella calzada tan derecha y por nivel como iba México, nos quedamos admirados y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro *Amadís*, por las grandes torres y edificios que tenían dentro del agua y todos de cal y canto y aún algunos de nuestros soldados decían que si aquello que veían si era entre sueños y no es de maravillar que yo escriba aquí de esta manera, porque hay mucho que ponderar en ello. No sé cómo lo cuento, ver cosas nunca oídas, ni aún soñadas como veíamos. Esta simetría y planificación que tanto admiró a los conquistadores, provenía de una idea de organización política y social, de la división cuadripartita del grupo mexica (azteca) [...]

Tenochtitlan. Cantar mexicano*

Anónimo

Donde se pintan los dardos,
donde se pintan los escudos,
es Tenochtitlan.

Allá está la flor del cacao,
la flor del corazón.
Brotan las flores del Dador de la vida.
*En el mundo están libando
los príncipes.*

Allá perduran, maravillosas,
en Culhuacan,
las pinturas preciosas,
en el interior de la casa de los libros,
allá está la flor del cacao,
la flor del corazón.
Brotan las flores del Dador de la vida.
*En el mundo están libando
los príncipes.*

* Traducción de Miguel León Portilla.

Charles Bukowsky

Un poema es una ciudad

Un poema es una ciudad llena de calles y cloacas,
llena de santos, héroes, pordioseros, locos,
llena de banalidad y embriaguez,
llena de lluvia y truenos y periodos
de ahogo, un poema es una ciudad en guerra,
un poema es una ciudad preguntando por qué a un reloj,
un poema es una ciudad ardiendo,
un poema es una ciudad bajo las armas
sus barberías llenas de borrachos cínicos,
un poema es una ciudad donde Dios cabalga desnudo
por las calles como Lady Godiva,
donde los perros ladran en la noche y persiguen
la bandera; un poema es una ciudad de poetas,
muchos de ellos muy similares
y envidiosos y amargados...
un poema es esta ciudad ahora,
a 50 millas de ninguna parte
a las 9:09 de la mañana,
el sabor a licor y cigarrillos,
sin policía, sin amantes, caminando en las calles,
este poema, esta ciudad, cerrando sus puertas,
fortificada, casi vacía,

enlutada sin lágrimas, envejecida sin pena,
las montañas rocosas,
el océano como una llama de lavanda,
una luna carente de grandeza,
una leve música de ventanas rotas...

un poema es una ciudad, un poema es una nación,
un poema es el mundo...
y ahora pongo esto bajo el cristal
para el loco escrutinio del editor
y la noche está en cualquier lado
y lánguidas damas grises se alinean
el perro sigue al perro al estuario
las trompetas anuncian los patíbulos
mientras los hombrecillos deliran sobre cosas
que no pueden hacer.

Jorge Souza Jauffred

El ciudadano

soy lo que puede llamarse un hombre nacido
del vientre de una ciudad moderna
convivo con el esmog el ruido la basura

mi televisor vocifera
gran parte del día mi teléfono arde
deposita en mi oreja
desperdicios consulto a mi doctor
para curar los nervios soy
de los que no conoce otra madre naturaleza
que estos altos edificios y estos letreros luminosos
estas calles cubiertas por el humo
estos rostros borrados de personas sin nombre

he bebido cerveza
he visitado bares zonas rosas y rojas
como cualquiera nacido del vientre
de una gran ciudad

he asistido al futbol y ahí grité grité grité
como los aficionados más colorados
grité como el mejor de los fanáticos

y una día me casé y tuve descendencia
fue entonces
cuando en las noches
cuando todos dormían
me levantaba a tientas y asomaba mi rostro
por la ventana del apartamento hacia la gran calzada

los autos a esa hora zumban sobre el pavimento
arrojan sus luces como largos tentáculos
como radares luminosos precisos mágicos

de cuando en cuando una ambulancia aúlla
algún borracho atraviesa la noche entre traspiés

luego iba hasta el sillón y me sentaba
con las piernas extendidas
encendía un cigarro y el verano
metía la lengua por la ventana abierta

el calor
sí el calor
el sudor de mi rostro el sudor de mi torso
mi camiseta blanca raída sudada
qué ha pasado me preguntaba

de pronto abro los ojos y estoy aquí fumando
harto de gritos y harto de la gente
qué es todo esto me decía

sí el verano sí
y los autos que pasan como bólidos malditos a media-
[noche

sí
fue entonces que comencé a preocuparme
qué sucede conmigo me decía

(mi hijo muy pequeño aún dormía plácidamente)

luego
bebía un poco de agua y me acostaba
con la mirada abierta
y el silencio pegado en el estómago

soy un hombre nacido en la ciudad
un ser que no existió antes de nuestros tiempos

Carmen Villoro

Seven Eleven

El Seven Eleven me da serenidad.
Cuando me aborda la desolación
ese vacío irrepresentable
que se aloja en el cuerpo
como una memoria fina y sin palabras,
camino rumbo al Seven a comprar mis cigarros.
Siempre en la misma esquina y siempre abierto
ese establecimiento me hace sentir
que hay algo inamovible,
alguien en quien confiar aunque sea tarde.
De día o de noche guarda la misma luz,
un halo atemporal tan necesario
para alguien como yo, que aún teme a la noche,
y piensa que la vida es algo que se pierde
irremediabilmente.
De pronto ahí está el Seven
con sus franjas alegres verdes y naranjas,
el piso de cerámica industrial,
los amplios refrigeradores siempre limpios.
He pensado si este bienestar tendrá algo que ver
con aquella tiendita de la infancia
y creo que no.

No es la nostalgia lo que me lleva ahí,
es el reverso, quizá, de la nostalgia,
el presente absoluto ante esos mostradores
que me recuerdan más a una juguetería.
La niña que descubre la inmensa variedad
de las galletas,
no es la niña de ayer, es una niña actual
ante la oferta de colores, de diseños,
de formas:
envolturas, cajitas, latas, frascos,
los objetos pequeños y aprehensibles
que dan un íntimo sentido a la existencia.
Tomo mi Coca, como siempre,
la primera en la fila del refrigerador
y los otros refrescos se deslizan.
Ahí están las maquinitas del café,
los vasos de sólido cartón,
tapas, popotes, sobrecitos.
Sobre otro mostrador, tres salchichas brillantes
dan vuelta sobre la parrilla encendida.
Todo parece funcionar al margen de los hombres.
No importa si alguien tuvo que limpiar,
acomodar productos, conectar aparatos,
no importa ni siquiera si conozco al empleado
que me cobra, si quiero saludarlo.
No voy al Seven en busca de compañía o afecto
sino de un orden simple
que pertenece más a los enseres.

Cada quien tiene su Seven,
algunos tienen su Oxxo.
Es cuestión de colores o de marcas.
Pero los solitarios nos damos cita ahí,
repetimos los mismos movimientos
y sin intercambiar palabras,
entendemos.

Wang Wei

Canción para la Ciudad de Wei

La lluvia matinal de la ciudad de Wei moja el polvo
[blanco,
las posadas son verdes, los sauces tienen brotes.

Déjame aconsejarte tomar una copa más,
al Oeste de las montañas Yuan-kuan no encontrarás un
[amigo.

Hugo Gutiérrez Vega

III

Cuando llegó la nueva del asedio de La Ciudad única,
los amantes estaban en medio de su abrazo.
Ella, totalmente invadida, escuchó los gritos
y los borró cerrando los ojos.
Él, totalmente invadido, prolongó el sacramento.
La tarde los mantuvo ignorantes de todo,
ciegamente dedicados a la doble entrega.
Los sacerdotes recorrían las calles
agitando cruces bamboleantes;
los soldados bajaban la cabeza
y dejaban caer las espadas;
las mujeres gritaban al cielo
y un azul sin máculas negaba lo trágico.
Ella, totalmente invadida,
y él, sitiado como la ciudad,
se hundieron en un abrazo
que contenía todos los minutos de una vida.
La calle se convirtió en un lamento largo
y una ráfaga helada separó a los amantes.

Dante Medina

Dibujo al atardecer en una ciudad

Los novios son sí mismos
Ellos no tienen deudas con el paisaje

Se miran a los ojos
Y les basta

No hay otra geografía por esa calle

Los novios son
consigo mismos

Jamás la multitud los ha tocado

No sueñan con los pétalos de rosa
Sino con la avaricia de estar solos

Van por las calles los novios
porque sacaron a pasear su compañía
Nadie sabe —sino ellos
Lo solitarios que los traen las calles

Cuando están juntos y caminan los novios están solos

(Uno ve que la tarde no es tarde
como la noche no es noche sin la Luna
si no ve aparecer a los novios)

En ese espejo te he visto, amada
En esa ausencia de los que iban juntos
En esa geografía en la que tú no estabas

Y los novios se me iban de la mano
Llevándose sus ojos en sus ojos
Para hacerme del suyo mi paisaje.

María Baranda

Arcadia (fragmento)

Todo el mundo detenido en la esquina de mis trece años,
de mi nuevo mundo escrito por mi piel.
Boca abierta a los tantos gritos interiores,
al nuevo magma que me recorre
desde entonces como una letra negra que avanza sorda
y puntual y verdadera. Todo el mundo en la esquina
de Insurgentes y Revolución, a miles de años en miles
[de vidas,
de momentos sutiles e íntimos, de tiempo guardado en
[las venas,
en las venas donde fluye la luz
como la esencia verbal de las cosas,
la materia del brazo,
la materia del sueño
y la mesa y la silla que siempre me aguardan,
como se espera una ciudad vestal. Una ciudad escrita
por mí y por mí vivida,
una ciudad es un fruto que estalla
como un sol desesperado,
un sol veloz en mi pecho adentro de mi corazón.
Todo en la punta de mi lengua

en la punta de la mirada
del filo que se ve y determina una forma de vida
un estar interior,
lo más último de las cosas y su perfil de gallo en el alma.

Alfonsina Storni

Momento

Una ciudad hecha de huesos grises
se abandona a mis pies.

Como tajos negros,
las calles,
separan el osario, lo cuadriculan,
lo ordenan, lo levantan.

En la ciudad, erizada de dos millones de hombres,
no tengo un ser amado...

El cielo, más gris aún
que la ciudad,
desciende sobre mí,
se apodera de mi vida,
traba mis arterias,
apaga mi voz...

Jorge Orendáin

Urbana

Toda la ciudad lleva en el aire tu nombre
Me refugio en el vuelo de pájaros perdidos
Escucho el rumor del tren en la sangre

Olvidarte no puede la ciudad
Apareces en cualquier esquina derribando árboles

Cantas desde una flor
Ríes en la noche
Duermes en mi mirada

Cada mujer eres tú

No puede más el cuerpo la mentira
No tengo espíritu para alegrías
ni una caricia para la noche

La ciudad eres tú
con todo ese mar que se desborda en una lágrima

Las calles devoran fragmentos de piel
en cada paso que te busco

No tengo sangre para la lluvia
ni aire para pronunciar mi nombre

En esta ciudad domina tu recuerdo
No hay calle sin tu aliento

Toda la ciudad lleva en el aire tu nombre

Cómo quisiera otras palabras
otro silencio
una mujer

Pero esta ciudad lleva en el aire tu nombre

Enrique Macías

Arte antipoética

Escribo como respiro
a oscuras
los huesos descoyuntados
en el tintero del cadalso
un pedazo de sesos por aquí
el corazón
y los testículos
más allá.

Mis enemigos me dan por muerto
porque ya no salgo a tocar
los senos fríos de la ciudad
porque ya no tomo mi café
y mi pildorita de suicidio
literario cotidiano
en el mismo lugar de siempre
alguien dirá
—pobrecito, tan serio que se veía
(alguna dama está por hacerlo).
Alguien me da por muerto porque
escribo como respiro
con el sueño encrespado en el rojor de la vida
incesante por la libertad.

Francisco de Molina

Quadrant de pols blava

Como dibujada por un lápiz barato
la marea lunar
arrastra sus naves
hasta el fondo de alguna botella vacía

Y en esta habitación
no más grande que una caja de zapatos
los objetos cambian de nombre
la cal de los muros es cada vez más azul
iluminada por esa bombilla
que hace unos instantes
era apenas una botella vacía
Faro para una ciudad
encallada en un puño de casas
Ciudad apenas
por unos cuantos postes
para un centenar de pájaros
que se enredan en los cables del alumbrado público

Ya no anochece
como en esos cuadros de Van Gogh
donde con un par de líneas
trazaba la huida de un campesino

Efraín Huerta

Declaración de odio

*¡Porque ha llegado la hora del odio y vamos a caer,
los unos al lado de los otros, muertos, confundidos!*

Arturo Serrano Plaja

La ville folle qui remet tous les jours ses souliers

Paul Éluard

Esto no es un poema, es casi una “experiencia”.

Raúl González Tuñón

Estar simplemente como delgada carne ya sin piel,
como huesos y aire cabalgando en el alba,
como un pequeño y mustio tiempo
duradero entre penas y esperanzas perfectas.
Estar vilmente atado por absurdas cadenas
y escuchar con el viento los penetrantes gritos
que brotan del océano:
agonizantes pájaros cayendo en la cubierta
de los barcos oscuros y eternamente bellos,
o sobre largas playas ensordecidas, ciegas
de tanta fina espuma como miles de orquídeas.

Porque, ¡qué alto mar, sucio y maravilloso!
Hay olas como árboles difuntos,
hay una rara calma y una fresca dulzura,
hay horas grises, blancas y amarillas.
Y es el cielo del mar, alto cielo con vida
que nos entra en la sangre, dando luz y sustento
a lo que hubiera muerto en las traidoras calles,
en las habitaciones turbias de esta negra ciudad.
Esta ciudad de ceniza y tezontle cada día menos puro,
de acero, sangre y apagado sudor.

Amplia y dolorosa ciudad donde caben los perros,
la miseria y los homosexuales,
las prostitutas y la famosa melancolía de los poetas,
los rezos y las oraciones de los cristianos.
Sarcástica ciudad donde la cobardía y el cinismo son
[alimento diario
de los jovencitos alcahuetes de talles ondulantes,
de las mujeres asnas, de los hombres vacíos.

Ciudad negra o colérica o mansa o cruel,
o fastidiosa nada más: sencillamente tibia.
Pero valiente y vigorosa porque en sus calles viven los
[días rojos y azules
de cuando el pueblo se organiza en columnas,
los días y las noches de los militantes comunistas,

los días y las noches de las huelgas victoriosas,
los crudos días en que los desocupados adiestran su
[rencor
agazapados en los jardines o en los quicios dolientes.

¡Los días en la ciudad! Los días pesadísimos
como una cabeza cercenada con los ojos abiertos.
Estos días como frutas podridas.
Días enturbiados por salvajes mentiras.
Días incendiarios en que padecen las curiosas estatuas
y los monumentos son más estériles que nunca.

Larga, larga ciudad con sus albas como vírgenes
[hipócritas,
con sus minutos como niños desnudos,
con sus bochornosos actos de vieja díscola y aparatosa,
con sus callejuelas donde mueren extenuados, al fin,
los rancos emboscados y los asesinos de la alegría.

Ciudad tan complicada, hervidero de envidias,
criadero de virtudes desechas al cabo de una hora,
páramo sofocante, nido blando en que somos
como palabra ardiente desoída,
superficie en que vamos como un tránsito oscuro,
desierto en que latimos y respiramos vicios,

ancho bosque regado por dolorosas y punzantes
[lágrimas,
lágrimas de desprecio, lágrimas insultantes.

Te declaramos nuestro odio, magnífica ciudad.
A ti, a tus tristes y vulgarísimos burgueses,
a tus chicas de aire, caramelos y films americanos,
a tus juventudes *ice cream* rellenas de basura,
a tus desenfrenados maricones que devastan
las escuelas, la plaza Garibaldi,
la viva y venenosa calle de San Juan de Letrán.

Te declaramos nuestro odio perfeccionado a fuerza de
[sentirte cada día más inmensa,
cada hora más blanda, cada línea más brusca.
Y si te odiamos, linda, primorosa ciudad sin esqueleto,
no lo hacemos por chiste refinado, nunca por
[neurastenia,
sino por tu candor de virgen desvestida,
por tu mes de diciembre y tus pupilas secas,
por tu pequeña burguesía, por tus poetas publicistas,
¡por tus poetas, grandísima ciudad!, por ellos y su
[enfadosa categoría de descastados,
por sus flojas virtudes de ocho sonetos diarios,
por sus lamentos al crepúsculo y a la soledad
[interminable,

por sus retorcimientos histéricos de prometeos sin sexo
o estatuas del sollozo, por su ritmo de asnos en busca
[de una flauta.

Pero no es todo, ciudad de lenta vida.
Hay por ahí escondidos, asustados, acaso masturbándose,
varias docenas de cobardes, niños de la teoría,
de la envidia y el caos, jóvenes del «sentido práctico de
[la vida»,
ruines abandonados a sus propios orgasmos,
viles niños sin forma mascullando su tedio,
especulando en libros ajenos a lo nuestro.
¡A lo nuestro, ciudad! lo que nos pertenece,
lo que vierte alegría y hace florecer júbilos,
risas, risas de gozo de unas bocas hambrientas,
hambrientas de trabajo,
de trabajo y orgullo de ser al fin varones
en un mundo distinto.

Así hemos visto limpias decisiones que saltan
paralizando el ruido mediocre de las calles,
puliendo caracteres, dando voces de alerta,
de esperanza y progreso.
Son rosas o geranios, claveles o palomas,
saludos de victoria y puños retadores.
Son las voces, los brazos y los pies decisivos,

y los rostros perfectos, y los ojos de fuego,
y la táctica en vilo de quienes hoy te odian
para amarte mañana cuando el alba sea alba
y no chorro de insultos, y no río de fatigas,
y no una puerta falsa para huir de rodillas.

Raúl Bañuelos

Poema para un niño de edad innumerable [fragmento]

Hoy me regaló su canica verde
el niño de las mañanas y los juegos.
No lo había visto.
De lejos me habló y me saludó.
Lanzó la canica hasta mis pies por el suelo.
Luego vino y dijo: “¿Conoces a Juan?”
“Pensé que eras tú”, le contesté.
“No, es mi amigo, el que estoy esperando”,
dijo sonriendo como si ya supiera.
Entonces miré bien sus ojos
brillantes como la canica.
No sé qué supe entonces.
Pero ahora veo un pájaro volar por la ventana
y temo ya no encontrar jamás aire para mi pecho.

Caminaste calle abajo
dejándote llevar por las piernas hacia luces artificiales.
Ibas pensando por qué no jugaste con el niño
por qué no te saliste de tus pasos.

Una canica, dices, puede rodar por todas partes,
recibir la fuerza de todos los pulsos.
Una canica no es un vidrio cualquiera;
viéndolo bien, es un espejo dibujado en los colores de
[cada mirada.

Entonces por qué pues no te animaste
por qué pues nomás allí ya no.
Miedo, eso fue lo que tuviste.
Miedo de rodar de mano en mano,
de chocar aquí o allá,
de no saber cuánto y cómo,
más bien de saberlo.

Cargas ahora la canica en cualquier bolsillo de tu pantalón.
La sabes inútil allí, fuera de lugar.
Quieres decidirte a hacer las cosas como debes hacerlas:
enfrentar ojo a ojo la luz de la mirada.
Pero nomás te quedas esperando la hora de la verdad
que crees ya cerca.
Sin embargo, piensa que no puede pasar así mucho tiempo:
la canica pierde claridad y consistencia entre tantas
[chucherías.

Y además ella está raspa y raspa tu bolsillo
y de seguir así lo va a romper.
Entonces sí que perderías el rumbo definitivamente,
fuera de ti mismo sin remedio.

Marco Antonio Campos

Qué ha sido de mis amigos

No sé hacer nada sino versos. En ciudad de mercaderes es tanto como el desdén y la fama. Veo cómo gentes a mi paso me nombran y se dicen: “En nada se parece al que era antes”. No viene nadie a mi casa, nadie: desde mi ventana sólo veo el difícil azul del horizonte. Estos últimos días he pintado una virgen y su hijo, oh amigo Giotto (el rostro se parece al de la amada). Qué solo estoy en los colores, en el lúgubre claror del claroscuro, en las horas ajadas del otoño. ¿Qué ha sido de mis torres y mi huerto? ¿Qué ha sido en fin de mis amigos? Unos se fueron hacia el viento; los más, los más murieron en mis manos; otros huyeron de mí como si la lepra corriera por mis huesos. No sé hacer nada sino versos; mis manos se rompen con la pala y la usura corrompe la ciudad. No moriré en la guerra por el otro, por el oro del otro. He crecido en los pastos de Florencia y mi padre me hablaba de las naves.

Elizabeth Bishop

Ciudad nocturna

No hay pie que lo pudiera resistir,
los zapatos son demasiado frágiles.
Cristal roto, botellas rotas,
que se queman a montones.

Sobre aquellos neumáticos
nadie podría caminar:
aquellos ácidos llameantes
y sangres jaspeadas.

La ciudad hace arder lágrimas.
Un lago acumulado
de aguamarina
comienza a humear.

La ciudad hace arder culpas.
—Para la eliminación de culpas
el calor central
debe ser de esa intensidad.

Diáfana linfa,
sangre turgente y brillante,

salpica
en coágulos dorados

adonde, fundidos, fluyen,
por los oscuros alrededores,
verdes y luminosos
ríos de silicio.

Un charco de asfalto
un magnate
lloró por sí mismo,
una luna ennegrecida.

Otro levantó
un rascacielos con su llanto.
¡Mira! Sus cables
chorrean, incandescentes.

La conflagración
lucha por aire
en medio de un vacío espantoso.
El cielo está muerto.
(Sin embargo, hay criaturas,
cuidadosas, más adelante.
Ponen sus pies en el suelo, caminan:
verde, roja; verde, roja).

Charles Baudelaire

El sol

Por la vieja barriada, donde, de las casuchas
Las persianas ocultan las lujurias secretas
Cuando el astro cruel furiosamente hiere
La ciudad y los campos, los techos y sembrados,
Quisiera ejercitarme en mi esgrima fantástica
Husmeando en los rincones azares de la rima,
Tropezando en las sílabas, como en el empedrado,
Acaso hallando versos que hace tiempo soñé.

Ese padre nutricio, que huye de las clorosis,
En los campos despierta los versos y las rosas;
Logra que se evaporen hacia el éter las penas
Saturando de miel cerebros y colmenas.

Es él quien borra años al que lleva muletas
Y le torna festivo como las bellas mozas,
Y a las mieses ordena madurar y crecer
En la inmortal entraña que desea florecer.

Cuando, como un poeta, desciende a las ciudades,
Ennoblecen la suerte de las cosas más viles,
Y penetra cual rey, sin séquito ni pompa,
Tanto en las casas regias como en los hospitales.

José Asunción Silva

El mal del siglo

El Paciente:

Doctor, un desaliento de la vida
Que en lo íntimo de mí se arraiga y nace,
El mal del siglo... el mismo mal de Werther,
De Rolla, de Manfredo y de Leopardi.
Un cansancio de todo, un absoluto
Desprecio por lo humano... un incesante
Renegar de lo vil de la existencia,
Digno de mi maestro Schopenhauer;
Un malestar profundo que se aumenta
Con todas las torturas del análisis...

El Médico:

Eso es cuestión de régimen: camine
De mañanita; duerma largo; báñese;
Beba bien; coma bien; cuídese mucho:
¡Lo que usted tiene es hambre!...

Jaime Sabines

Las sirenas de los barcos

Las sirenas de los barcos que zarpan de la ciudad al mar
se escuchan por entre la niebla al amanecer.

Estos días son largos. Junio tiene coraje de la noche.
Se despiertan las lluvias, tira su piel al aire, crece
tranquilo.

Las paredes sustentan a los árboles.

Camina solitario, sobre calles baldías, el amor.

Maylen Domínguez

En una extraña ciudad hay una escuela

Septiembre de 1991

Estas historias se escriben en septiembre
para que abuela pregunte los domingos
por una extraña ciudad.

Ése es mi padre,
tiene la misma bondad de hace diez años;
pero en septiembre le cambian los rubores,
dice que ahora,
ha sentido otra vez los mismos trenes.
Una mañana partimos él y yo,
una mañana.
Nadie pregunte el por qué de estos adioses,
tal vez pude querer tranquilamente,
pero la extraña ciudad...

Abuela dice
que nací confundiéndome en el fango,
que era febrero.
¿Quién puede hablarle a mi abuela de otros meses?

Cuando mi padre gritó desde la acera,
ya yo gemía
como en un sueño que nunca se concilia.
Tan mal juré con días igualables,
juré maldita
por conseguir el aplauso de los hombres
—mi cuerpo sabe—.

Estas historias se escriben contra el polvo.
En una extraña ciudad, hay una escuela,
donde mi padre escribía que era septiembre,
hubo una niña
pero al final de la escuela está la calle.
Nadie pregunte el por qué de los adioses,
abuela dice que nací en febrero
y siempre quise tocar una ciudad.
Así de inmensa.

Pablo Manuel Guerra

Desideratum

Panes y peces llueven sobre mi ciudad
¿a qué viene esa lluvia extraña?,
tanta agua no puede ser un milagro,
me asomo y en efecto llueve
pero los peces están muertos,
es lejano el sabor de la carne que ahora me provoca
y sus escamas de plata como la sal se disuelven,
yo los quiero vivos para contemplarlos en el mar,
me tienta la lluvia afuera, pero no me moja.
¿A qué viene esta lluvia sobre mi ciudad?
Me ofrece dorados panes torcidos como piernas de mujer,
redondos como chinas pelonas,
pan, pan me dice la lluvia golpeando el suelo,
me vuelve a tentar con los panes que prefiero
tras las vidrieras.
¿A qué viene esta lluvia precisamente hoy?
tercera interrogante, definitiva,
mágico conjuro que pone fin a la tentación,
se desvanece el hechizo,
sólo era una fría y cruel lluvia sobre mi sedienta ciudad.

Lionel Valdivia

Esa otra ciudad

Existe una ciudad,
otra atmósfera para clavar mis ejes.
En ella habitan demasiadas luces,
cisnes de barro, de hambre;
no puedo plantar mis libros, eclécticos amuletos,
entre esas marcas.
Las letras son sólo rasgaduras en el tiempo,
son esa fobia para moldear vírgenes
que salta de las manos.
Se me arrojan las mitades a los ojos,
se agarran de los nervios los dioses imperfectos del asfalto,
para quedarse allí, junto a las piedras;
a las colocadas una a una
con mano viva y estricta soñolencia.
¿Cuánto pagarán por mis papeles los que vuelan
[indefensos?

No hay letras doradas,
lomos dominantes, vendibles,
que me suelten las manos,
una vena amplia que desde el pecho amplifique mi grito.
Un acorde, una victoria.

Federico García Lorca

El poeta pregunta a su amor por la «ciudad encantada» de Cuenca

¿Te gustó la ciudad que gota a gota
labró el agua en el centro de los pinos?
¿Viste sueños y rostros y caminos
y muros de dolor que el aire azota?

¿Viste la grieta azul de luna rota
que el Júcar moja de cristal y trinos?
¿Han besado tus dedos los espinos
que coronan de amor piedra remota?

¿Te acordaste de mí cuando subías
al silencio que sufre la serpiente,
prisionera de grillos y de umbrías?

¿No viste por el aire transparente
una dalia de penas y alegrías
que te mandó mi corazón caliente?

José Tiquet

Yo salí de mi casa

Yo salí de mi casa
con el vuelo de pie como salen los árboles.

Salí con un amor vacío de persona.

Y con la carga larga de todos los caminos
llegué por otra ropa a la ciudad ...
Aquí la sed anónima,
la gran ciudad de alturas amuebladas,
de cuartos desnutridos
donde el obrero sueño dispara su fusil.

Y aquí mi corazón de Sur llovido
tuvo por primavera al pobre barrio.

Aquí
el semen de la piedra por asfalto,
un paisaje albañil en sube y baja
por andamios donde la muerte asecha.

Y aquí la gran ciudad donde también
hay casas que valen un Gobierno

Aquí
en la ciudad de calles vagabundas,
sin tiempo para ver
la blanca edad en ronda de la luna
encontré lo que valen las chozas junto al pueblo.

Greta Rodríguez

El silencio

La mañana y la ciudad,
el pájaro traspasa la ventana,
se acerca,
profundo,
lento.

José Emilio Pacheco

Alta traición

No amo mi patria.
Su fulgor abstracto
 es inasible.
Pero (aunque suene mal)
 daría la vida
por diez lugares suyos,
 cierta gente,
puertos, bosques de pinos,
 fortalezas,
una ciudad deshecha,
 gris, monstruosa,
varias figuras de su historia,
 montañas
—y tres o cuatro ríos.

Liudmila Quincoses

Casablanca

Bajo la luz de la tarde,
bajo el poderoso naranja de la tarde,
miramos el infinito.
Miramos la ciudad como la contemplan
los ojos de piedra del Cristo.
Sentados en el muro,
con los pies en la nada,
yo observaba
la bandera inútil,
los colores de todo,
el verdadero paisaje que se pierde,
como el sol tras los viejos edificios.
Siempre temo decir otras palabras.
Vamos a morir,
vamos a olvidar que una vez existió Casablanca
y el hombre que caminara sobre el mar,
el que yace en la piedra.

Víctor Hugo

Ayer, al anochecer

Las sombras descendían, los pájaros callaban,
la luna desplegaba su nacarado olán.
La noche era de oro, los astros nos miraban
y el viento nos traía la esencia del galán.

El cielo azul tenía cambiantes de topacio,
la tierra oscura cabello de bálsamo sutil;
tus ojos más destellos que todo aquel espacio,
tu juventud más ámbar que todo aquel abril.

Aquella era la hora solemne en que me inspiro,
en que del alma brota el cántico nupcial,
el cántico inefable del beso y del suspiro,
el cántico más dulce, del idilio triunfal.

De súbito atraído quizá por una estrella,
volviste al éter puro tu rostro soñador...
Y dije a los luceros: "¡verted el cielo en ella!"
y dije a tus pupilas: "¡verted en mí el amor!"

Ramiro Lomelí

Ciudad

Los viejos edificios —habitados de luz— tienen cimientos de carbón. Por la noche resisten la peor tormenta del vacío. Sus muros manchados de ecos, amanecen quietos. La calculada vejez de las palomas, el peso del silencio, el olor a escaleras solas, todo vaga y anida en ellos. Ahí están, con sus ventanas que tiemblan, y la piedra levita unida al mundo. Un tono, uno solo, alargado hasta el cenit del polvo monumenta la salvación del deseo, la tensa cuerda de la guitarra de tierra, el recto hilo de incienso, la delgada respiración de lo que asoma, la penumbra somnolienta, la quimera de la materia. Amanece y anochece al mismo tiempo. Esa orgullosa belleza va cayendo, regresa a la condición de plano, botón de ideas, tierra de jardín removida. La sangre sugiere el coito, los ojos encuentran el espejo exacto que hipnotiza con hiedras invisibles. Dios en ellos, el aire.

XXXV

El gran cristal del café, como fuente de agua en medio de un incendio, o como estanque de apariencias; el gran cristal del café, y detrás de él los parroquianos, los des-

conocidos sentados a la mesa —parecen quietos, pero se están yendo—. También las banquetas y las fachadas que el alumbrado público ilumina, y las aves que a la hora duermen, se están yendo. No es visible desde aquí, pero al dar la vuelta los muchachos han escrito sobre el muro que los milagros están prohibidos. Más allá, las torres de Catedral se inclinan al girar de la Tierra. Luego es cierto que morimos, dice uno a otro, mientras la mujer solitaria mezcla un café que se evapora. Luego es cierto, es extraña tanta certeza.

Allen Ginsberg

Lamentación del sin techo

Perdona, amigo, no quise molestarte
 pero volví de Vietnam
donde maté a un montón de caballeros vietnamitas
 algunas damas también
y no pude soportar el dolor
 y de miedo cogí un hábito
y pasé por la rehabilitación y estoy limpio
pero no tengo lugar donde dormir
 y no sé qué hacer
conmigo ahora mismo

Lo siento, amigo, no quise molestarte
 pero hace frío en la calle
 y mi corazón está enfermo solo
y estoy limpio, pero mi vida es un desastre
 Tercera Avenida
 y calle E. Houston
en el paso peatonal bajo el semáforo en rojo
 limpio tu parabrisas con un trapo sucio

Raúl Aceves

El lugar de la turquesa (fragmentos)

I

Aquí fue construida una ciudad.
Por sus puertas y ventanas entró el tiempo
como la termita en la madera.
Ahora de aquella famosa ciudad
queda un monumento de arena
que se resiste al completo desmoronamiento,
para que la nada tenga al menos
un lugar donde recordarse.

II

Por esa puerta ya no entra nadie
sin embargo sigue siendo puerta.
Hace mucho que partió la caravana
con destino desconocido.
La ciudad espera que alguien regrese a ella.

IV

Ciudad sin nombre, sin alimento
sin árbol, sin perro, ni ventana azul
ciudad sin ciudad, los que de ti salieron
¿persegúan o los perseguían?

Un día llegó la muerte
construyó su casa en el centro de la vida
que todavía caminaba.
Después, ya nada caminó.

Elizabeth Flores

Canto de poema sobre cama

No es fácil leer poemas en la cama con alguien
Visitar al poeta entre sábanas
azules lilas rojas moradas
con los pies descalzos tocando
con calor recibiendo el poema

Mientras
el perro de junto ladra

Festeja
decimos
la osadía
y los pájaros se acomodan juntos
en el alféizar

El sol en espléndida rebeldía
cobija nuestros sueños desnudos
como los cuerpos
hundidos en esta cama
leyendo

Y tomamos con dulce
espera

el poema enamorado
colmado
de erres y eses y zetas
y vocales que incitan de nuestras bocas otro poema

El poeta ahora come o bebe o ama o besa

No sabe que tras una ventana
un par de endeble amantes abraza sus letras

Tiene el poema sabor a piel
a papel quemado y arrugado
a hojas dispersas
tras el milagro

El poeta liberó el poema
y ahora éste
cual vagabundo en ciudad de cristal
va de cama en cama
dejando quemar sus letras
al calor de los amantes

Françoise Roy

Ecléctica

Ecléctica la ciudad en la hora tardía.

El manto de la noche envuelve los faroles.
Anónimas moradas bañan en las aguas del sueño.

Cada techo alberga los secretos de una historia:
un relojero que sueña con el tictac de sus relojes,
un amante que hace y deshace cabelleras.

En el mutismo de la penumbra
el tiempo recorta cada vivencia
con tijeras de hechicero.

Luis Armenta Malpica

Ciudad de mar interno

a mis padres y hermanos

Yo fundé esta ciudad a los quince años:
qué lentos, tibios ojos conquistaron la piedra
levantaron un muro, fundieron la argamasa
con el pecho caliente de quien llegaba
a ciegas, tropezando su cuerpo
con la vida.

Concebí esta ciudad contra mi vientre, como una madre
indómita y soltera.

Nodriz de estas calles
quién pudiera decir que no son mías
si han secado mi pecho con la sed portentosa
de los recién nacidos
si por sentirme madre recuperé mi nombre
las estrellas robadas al insomnio
de cuando rompía el mar en mis cabellos.

Llegué apenas un niño
pero reconociendo el mineral en piedra que cuajaba:
adamita, geoda, piel de víbora y ónix
mercurio y flor del diablo.

Nada salía de mí
sino el polvo antiquísimo que todo lo destruye.
El silencio: aquel ruido interior que tanto duele
hizo en mi paladar su madriguera.

Pero el mar pernoctaba solamente porque se oía en las
[gárgolas.

Animal de baldío, descendía de mis cejas a los labios.
En la abierta aridez del horizonte
la piedra que encontré era una flor volcánica.
Contra las telarañas del hastío su fulgor parecía
arrebatar los ojos a mi cara.
Entonces me di cuenta que morir es quedar uno
inmóvil
mirando lo que ya no se mueve.

Bajo la lluvia ajena de esos años
¿quién abría su paraguas
quién me ofreció un sombrero?
La ciudad, sobre todo, que cerraba sus árboles
para que ni una gota mojara mis mejillas.
Pero me pongo triste
y no tengo intención de mencionar la lluvia:
son las cosas sin nombre las que dañan.

Ahora soy de cantera: soy la cantera
que cubre con sus trinos
un doble campanario.

Fundamos la ciudad —dijo mi madre
sobre nuestros abuelos.
Y porque la nostalgia es un mar que regresa
de las otras ciudades sumergidas
salí a nombrar el mundo y fui nombrado
pájaro aguacero infinito
era el mar, no mi memoria.
Y nadie me esperaba: nadie más
que yo mismo.
Mi madre remarcaba con su amor —inocente— los
[troncos de la cerca.
¿Cuál árbol genealógico quedó de las astillas
con que ella nos miraba hacer la casa?
Todavía no sabíamos del viento, las tormentas
la tribu de jejenes que habrían de ambicionar
nuestros relictos.

Atrás venía mi padre: soportando la artesa
las hogazas; las migas
del trayecto
nuestros pasos.
El mar era el instinto de una raza
la sangre que nos latía en las sienes.
Y la que no mirábamos (la ciudad, por ejemplo)
había que pronunciarla para que fuera cierta.

En esta fortaleza no ha habido vencedor ni derrotado.
Cuando llegué, llegamos: mi sombra, mi reflejo

las tantas veladoras que traen un muerto ardiente.
Sahumábamos la noche con un coro de espuma:
el rosario inconcluso de amar
el nuevo exilio.

No vayan a decir que no me pertenece, porque entonces
los cuervos de mi vista devorarán sus ojos
y ladrarán mis galgos a tanta piedra suelta
y una mantis enorme invocará el veneno
de todas las migalas que anidan en mi boca
y entonces —solo entonces—
regresaré mis pasos
al océano natal
de donde vine.

Hace un mundo de tiempo que esta ciudad es mía:
la he mirado crecer, como a los árboles
hacerse de ladrillos
de gotas que deambulan
de los rojos tejados
hasta la filigrana de algún cancel de hierro.

Mis ojos adquirieron su forma de planetas
al mirarla: girasoles
que siguieron sus pasos en el día;
y en la noche, dormidos, la aguardaban
porque habría de llegar
de una tibia maceta en mi memoria
aquella rosa
náutica.

También nací en febrero.
El amor se me vino como una enredadera
y conocí los rumbos del colibrí en verano, sus breves
[picotazos a un cuerpo milagroso.
Esta ciudad abierta como una rosa virgen
me dejaba contar mis aleteos, el olor a membrillo
de la noche, la luna de narciso.
Habito lo que observo sin moverme
en el quieto vaivén de los jazmines.
Por mis ojos algún escarabajo sale y vuela:
atisba por los pozos de la tarde
por si la luna asoma.
Una vez que la encuentra, retorna a mis pupilas
con esos resplandores que presagia el insomnio.
No duermo si la noche —impredecible niña— derrama
[su rocío sobre mis manos
por si puebla de grillos y luciérnagas el patio de mi casa.
Nada es desconocido por mis labios
porque cuento la vida
con la voz asfaltada, repleta de motores.
En cambio, cuando la vida cuenta
me dice
—esto es lo cierto.
Con tantas oraciones que me caían del alma
vertí amor y ciudad (piedra con piedra)
por casi cinco siglos.

Habito esta ciudad desde mis ojos.
No existe agua tan sucia que la esconda

o que no la refleje.
A veces piedra viva
y en otras rosa en llamas
dejo escapar el humo por sus hombres.
«Mi corazón es la ciudad más grande que conozco»
me oí decir un día. Pero el amor
la piedra en el camino
tuvo que ser labrada y sostenida
para que ella, otra vez, me sostuviera.
Las piedras de mi casa no sirvieron
para afilar cuchillos. Me hicieron rajaduras, moronas
talco rojo.
Qué tiempo tan lejano: la soledad
se fue como una mosca
al entreabrir la puerta. No quedó ni un zumbido
para oxidar los muebles
para habitar la piedra
de voz
pulverizada.
Las paredes eran más que la tierra: los límites del aire.
Del adobe encarnado, la piel amurallada
protegía un centinela en posición de rezo:
¿qué mantis religiosa vino a comer de mí después
de amarme tanto?
¿cuántos betas (igual que un cabo amarra el aparejo)
con sus rojas espinas fortifican mi sangre y mis tejidos?
¿cómo romper el cerco al bogavante
sin que algún cachalote se suicide en mis ojos?
Esto es, sin más, la vida: la parte del planeta

donde los peces nadan, los insectos fornican
y los grandes crustáceos forman otra ciudad
lejos del hombre.
Pero qué hay de la vida en la ciudad
del hombre
sino un montón de moscas y algunas ratoneras.

La ciudad era un gato que maullaba.
Allí quedó el zapato que había de regresarme:
azul, sin agujetas
sin un rastro de chicle que pudiera pegarle
a lo vivido.

Aprendí de los gatos a no ser fiel al hombre.
Una escolta de pájaros anidó en mis costillas.
Alguien fue en mi silencio larga cuerda.
Anclado al papalote de esta ciudad
al aire
¿qué voy a asir de mí
qué de la vida
de lo que no conozco?
Yo tuve una encomienda:
vigilar a los gatos de mi vida.
Pero los quise libres, alejados del techo y de los muros
encendiendo la noche
en sus maullidos.

El humo —desde entonces— también conquistó el
[viento:

primero en las hogueras, después en los carruajes
las fábricas
los hombres...

Yo también soy del humo un vástago viajero.
Estoy en los durmientes, porque en el sueño tuve
convalecencia y fuga: nada más animal que el humo
que el hollín, la ceniza...
rescoldos de ciudad en ciudad
inmolada.

Anduve por los bosques de mi mano.
Mi amor era un serrucho que todo lo partía.
Cuando los ríos de savia colmaron mi antebrazo
intuí que ya era tarde
para morir a solas.
Así que levanté otra enredadera
una cerca de trigo, algunos pastizales.
Y esta ciudad que miro —buey echado— tuvo para beber
lo que yo tuve
de agua.

A pesar de los sapos que manejan las charcas a su antojo
esta ciudad es casi transparente.
Nada más de beberla, los hombres resucitan.
Cuando tenía quince años, el río de entre las piedras
me fue desconocido.
Hoy resuenan las lajas de la lluvia y corro
con mis manos en cáliz

contenidas
por un poco de arena.
A la ciudad envuelvo en cuatro alfaidas
—mis mareas cardinales—
para que, al fin, retorne
hasta mi fuente
por grietas y acueductos.
Mis manos cicatrizan los callos del inicio
de ese tocar la piedra y desgajarla
humedecer los muros de una mirada
triste.
No ha nacido la muerte
que me impida escudriñar el agua
en su entrepierna
el levísimo incienso
que viene con los pájaros.
Mi lengua, una llave ambiciosa, ¿en dónde se perdía
que no me recobraré su cuerpo de jacinto?
Amor: eso es el miedo, el desconcierto
en sílabas.
Ser pobre es estar solo
sin otra alma en el alma en donde guarecernos.
Oír caer la lluvia. No mojarnos.
Toda el agua es terrible cuando la sed es nula ...
pero la tierra es tanta que en la muerte nos sobra.

La ciudad no comienza ni termina con uno.
Llegué sobre mis pies: no sé de otra manera

de caminar despacio.
Sin embargo al marcharme seré un intruso
anónimo
que se trague la tierra.
La luz en las paredes ocupará la sombra que no se echó
a morir sobre sus versos.

Esta ciudad ya no tiene memoria.
El amor se le evade
como se fuga el humo de la carne quemada.

La ciudad es de todos
los que no naufragamos.
El mar imaginario está en la piel del hombre.
El mar está en los ojos: lo que miro regresa
se va tras las gaviotas.
Las crestas de lo visto se mojan con la lluvia blanquísima
celeste
que rompe entre las nubes.

Entonces Dios existe.
Entonces alguien llora: esta vez de alegría
porque sigue creciendo
lo que mira ...
porque sigue mirando
lo que crece ...

La ciudad es el hombre
al que uno siempre vuelve
de uno
mismo.

Hermenegildo Olguín

A la ciudad perdida

A la ciudad perdida
la llevo en mi memoria vaga y honda
De una vez por todas que quede claro:
ni yo me sé el camino de regreso
llegué hasta aquí como el ciego que hila
una larga tela de araña inmensa en el largo
sendero de la tierra parda y en medio de la lluvia pertinaz
Olfateo las huellas de las fieras eso es cierto
sé cómo prender una hoguera en plena madrugada
y cómo armar una pequeña casa que no derruya el viento
Sin embargo voy a tumbos con la loca idea de hallar el
[nuevo mundo
que atisbo en mis recuerdos
Vuelto del revés he clavado una tibia mesa
para compartir el agua y el pan
con los primeros migrantes que me encuentre
 Pero las constelaciones sólo apuntan
 a que siga por el mismo rumbo incierto
 donde nadie vive ni respira y sólo se oye
 el jadeo de las placas profundas del volcán dormido
 por el que voy como un alma en pena:
 ojalá esté a punto de atizar el alba

y aparezca una señal en el cielo gris
Habré de gritar en algún momento
como el marinero de Colón
casi muerto de sueño:
—el caserío despunta
el humo enreda un lejano olor a fogones encendidos—
¡Ah la ciudad perdida aquí está por fin a la vista!

Coral Bracho

Imagen al amanecer

El agua del aspersor cubría la escena
como una niebla,
como una flama blanquísima, dueña
de sí misma, de su brotar cambiante, de su pulso
ritual
y cadencioso.
Un poco más allá y más allá hasta
tocar las rocas. Lienzos de sol
entre la cauda humeante; lluvia de cuarzo; interno
oleaje
silencioso. Un mismo
denso
movimiento lo centra; lo ahonda
en su asombrado corazón. Profundo, colmado
vórtice.
Renace, tenue, su palpitar. Marmóreo y lento
borbollón luminoso.
Un poco más allá, más allá, su tacto límpido
se estremece. Son remanso
las rocas
a su enjambre estelar, a su incesante,
encendida nieve. Por un momento se cubre

con su seda el jardín. Suavemente
los troncos ceden
y van tendiéndose sobre el pasto;
largas sendas oscuras bajo el tamiz
que inunda el amanecer. Cuando su lluvia
se ha expandido hacia el este
pesan menos las sombras
y los troncos se adensan y se levantan.
Vuelve entonces el arco
a resplandecer. Una llama reciente nubla la escena,
un olor de magnolias
y rocas húmedas.

Minerva Margarita Villarreal

Farmacia

Como si un papalote se alzara por el aire
el velo desprendido los niños
el cabello trenzando
la corona de azahares
los perros mi vestido
niños que el viento aleja
y yo intento unir

Entre esos niños estaba mi padre
que siempre soñó tener una farmacia
en esa esquina donde todo era viento

El salón
donde debo encontrarte
es el mostrador de esa farmacia

Tú pasas sujetando a tu madre en la silla de ruedas
Velar te come las palabras

Estoy sola frente a tu madre
tiene dolor de cabeza cabellos de nieve y morena la tez

Yo le doy dos pastillas que como flores
brotan de mis manos
Le toco la frente
le aliso el cabello
le digo que la amo

Entre el olor de asepsia y las vitrinas
vestida de novia con un satín de cisne
sé que vino a entregarte

Carlos Prospero

Domingo septembrino

Para Óscar, mi hermano

*En una noche oscura,
con ansias en amores inflamada
¡Oh, dichosa ventura!
salí sin ser notada
estando ya mi casa sosegada.
San Juan de la Cruz*

VII

La ciudad ya se ha ido y sólo queda,
la pátina el sudor de nuestros cuerpos
el olor agridulce del humor que la noche propicia.

Uno puede decir: aquí viví en la infancia
y esa casa derruida mantiene en sus paredes y en sus
[vigas
los dolores mostrencos
las risas cristalinas
los llantos y los rezos pidiendo claridad de lo que pasa.

Sólo el resentimiento la sostiene
y una vaga esperanza de que todo
vuelva a ser jubiloso como entonces.

IX

Tú duermes olvidado de la memoria interna
que te trajo a estas tierras.
Aquí nada es posible desde siempre
se los dijo Juan Rulfo y no lo entienden,
aquí todo está muerto.

Esta ciudad que crece es sólo un cementerio.
Cuando viviste aquí ya estaba dicho.
Sólo el Guardián existe,
sólo el Guardián mantiene el fuego de las velas
el agua de las cisternas
para que los fantasmas no se pierdan.

Aquí no hallarás nada
sino el clamor de voces de muertos que caminan.

Mañana es otro día, cuando veas
la hora en el reloj te darás cuenta.

El Guardián de estas tierras está atento
que el orden se mantenga.

Tú guarda la memoria de otros días.

Roberto Arizmendi

La ciudad te espera

La ciudad está aquí
mas no la viste
en toda plenitud
sino un instante.

La ciudad está aquí
con su juego de luces
y sus nombres
con su propia manera
de encender la vida
con sus dolores y discordias
sus miserias cotidianas
y sus contradicciones.

La ciudad está aquí
con su traje de gozo
y su luz de asombro,
sólo esperando a que toques
la puerta y entres
para vestir de luces el tiempo
encender la chimenea
y descubrir de nuevo el horizonte

John Keats

A quien en la ciudad estuvo largo tiempo
confinado, le es dulce contemplar la serena
y abierta faz del cielo, exhalar su plegaria
hacia la gran sonrisa del azul.

¿Quién más feliz, entonces, si, con el alma alegre,
se hunde, fatigado, en la blanda yacija
de la hierba ondulante y lee una acabada,
una gentil historia de amor y languidez?

Si, atardecido, vuelve al hogar, ya en su oído
la voz de Filomela, y acechando sus ojos
la fúlgida carrera de una pequeña nube,

lamenta el deslizarse del presuroso día,
desvanecido como la lágrima de un ángel
que cae por el éter claro, calladamente.

Elva Macías

Breve fundamento para una ciudad

Amanecemos

con la mirada abierta

contra el viento.

Trazamos un haz de luz

desde el centro de nuestros ojos

hacia el valle.

Amantes contemplamos el paraíso

desde la bóveda donde trasiegan

espíritus como insectos.

Me arrullas

me colmas de adornos y agasajos,

me instas a fundar una ciudad

y a compartir la generosidad de nuestras tierras.

Apresuras mis pasos entre mis sacabastos

de altos penachos ondeando al sol,

nos escabullimos de la mirada de los negros

que danzan con la marimba

haciendo agua su boca

haciendo agua su pie.

Tomas mis manos

y depositas tu camisa de verano

te plantas en el remanso

de los ríos que se juntan
en cuyo centro albean pequeñas piedras
que vienen a chocar en mi vientre.

Este es el sitio.

Este es el lugar.

Cien años después amanece y las fachadas se descubren como mujeres que han pasado la noche en su sitio.

Charles Baudelaire

Los siete viejos

A Víctor

¡Ciudad hormigueante! ¡Ciudad llena de sueños,
donde el espectro a pleno día atrapa al que pasa!
Como la savia fluyen por doquier los misterios
en las angostas venas del coloso potente!

Una mañana, mientras que en la lúgubre calle
las casas, cuya altura la niebla acrecentaba,
parecían los muelles de un río desbordado,
y, decorado el alma del actor semejante,

una amarilla niebla ensuciaba el espacio,
seguía yo, envarando como un héroe mis nervios,
y discutiendo con mi alma ya fatigada,
el arrabal batido por pesadas carretas.

De pronto, a un viejo cuyos amarillos harapos
del color imitaban a ese cielo lluvioso,
y cuyo aspecto habría hecho llover limosnas,
sin la malignidad que en sus ojos brillaba,

pude ver. Se dijera su pupila en la hiel
bañada; su mirada aguzaba la escarcha,
y su barba de largos mechones, cual un sable,
tiesa se proyectaba, igual que la de Judas.

Él no estaba encorvado, sino roto; su espina
y su pierna un perfecto ángulo recto hacían,
de forma que el bastón, rematando su facha,
la daban la figura y el paso desmañado

de res coja o judío que tuviera tres patas.
En la nieve y el lodo marchaba tropezando
cual si bajo sus botas fuese aplastando muertos,
hostil al universo más bien que indiferente.

Otro igual: bastón, barba, mirada, espalda, andrajos
de un mismo hades salido, exacto, tras de él iba,
centenario gemelo, y estas sombras barrocas
a la par caminaban hacia un ignoto fin.

¿De qué infame complot era entonces yo el blanco,
o qué maligno azar me humillaba del tal modo?
¡Pues conté siete veces, de minuto en minuto,
este viejo siniestro que se multiplicaba!

Que quien se haya reído de mi desasosiego,
y de un temblor fraterno no se haya estremecido,

piense que un aire eterno, a pesar de su tanta
ruina, estos siete monstruos repugnantes tenían.

¿Hubiera, sin morirme, contemplando al octavo,
inexorable Sosias, irónico y funesto,
Fénix que ya aburría, hijo y padre de él mismo?
—Pero volví la espalda al cortejo infernal.

Exasperado como un ebrio que ve doble,
volví a casa, cerré con espanto mi puerta,
enfermo y aterido, febril mi alma turbada,
por el misterio herida y por la absurdidad.

En vano mi razón el timón procuraba;
la tempestad jugando confundía su esfuerzo,
¡y mi alma bailaba, bailaba, vieja barca,
desmantelada en una mar monstruosa y sin límites!

Jorge Souza Jauffred

XV

Levántate

Camina por esas calles solas donde el polvo
forma imágenes secas

Ya no hay gente. Todos han partido.

Mira a tu alrededor.
Sólo este calor constante que se pega a los huesos.
Este polvo que se entierra en los párpados.
aquel letrero roto, rodeado de silencio.

El viento corre por las calles
sin obstáculos. Los aparadores
se quedaron con la sonrisa pegada en sus cristales. Los
muros se desmoronan con olor de ceniza.

La ciudad está sola
las ciudades están solas.

Los puertos se quedaron con sus muelles desiertos
y los barcos que no alcanzaron a zarpar.

Autores

Allen Ginsberg (Newark, 1926-Nueva York, 1997). Fue un poeta rebelde, inconforme con el estado de las cosas que mantenían gobierno y sociedad. Pacifista, fue una de las figuras más destacadas de la generación beat. Su poema «Aullido» es uno de los más conocidos de la poesía estadounidense.

Allen Ginsberg [Antología], tomado de Ciudad Seva, en <https://ciudadseva.com/texto/lamentacion-del-sin-techo/>

Alfonsina Storni (Caprisaca, 1892, Mar de la Plata, 1938). Fue una destacada escritora argentina del modernismo. Su poesía reviste aspectos amorosos y eróticos, pero también reflexivos. Su suicidio inspiró la canción “Alfonsina y el mar”. Alfonsina Storni, *Obras escogidas*, vol. 1, Sociedad Editora Latino Americana, Buenos Aires, 1984.

Bernal Díaz del Castillo (Medina del Campo, 1495 o 1496; Santiago de Guatemala, 1584). Fue un soldado español que participó en la conquista de México. Escribió su visión personal de la historia de esta gesta y fue regidor de Santiago de Guatemala.

Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, consultada en <http://www.saavedrafajardo.org/Archivos/diazhistoria.pdf>

Carmen Villoro (México, 1958). Escritora, poeta y narradora. Estudió Psicología en la Universidad Iberoamericana, y la especialización en Psicoterapia Psicoanalítica en la Asociación Psicoanalítica Mexicana. Es autora de libros en prosa poética, de cuentos infantiles, poesía y ensayo.

Carmen Villoro, *Espiga antes del viento* (selección y prólogo de Jorge Orendáin), Secretaría de Cultura de Jalisco, Guadalajara, 2012.

Coral Bracho (México, 1951). Es una destacada poeta mexicana. A los 30 años obtuvo el Premio Nacional de Poesía Aguascalientes. Su obra, que abarca una amplia serie de registros ejecutados con gran rigor técnico, instaura un nuevo lenguaje en el que el erotismo tiene un sitio privilegiado, sobre todo en sus primeros libros. Es, sin duda, una de las voces más notables de su generación.

Coral Bracho, *Huellas de luz: Poesía 1977-1992*, México, Era, 2006.

Charles Baudelaire (París 1821, 1867). Fue uno de los más importantes poetas, no sólo de Francia, sino de la tradición occidental. Se le considera uno de los iniciadores de la poesía moderna, cultivador del simbolismo y el parnasianismo. Tras una adolescencia atormentada publicó su obra maestra *Las flores del mal*, que causaron una profunda polémica.

Charles Baudelaire, *Poesía completa*, Libros Río Nuevo, Madrid, 1976.

Charles Bukowski (Andernach 1920, Los Ángeles 1994). Fue un escritor y poeta estadounidense nacido en Alemania que perteneció a la generación Beat, que germinó en la ciudad de Los Ángeles, y transformó la poesía norteamericana. Se le considera uno de los escritores con mayor influencia en las siguientes generaciones.

Charles Bukowski, *Antología*, Umberto Cobo (trad.) Arquitrave Editores, Colombia, 2004.

Dante Medina (Jilotlán de los Dolores, Jalisco, 1954). Es uno de los autores más prolíficos de Jalisco. Ha sido autor o coautor de más de cien libros de poesía, narrativa, ensayo, dramaturgia y otro tipo de divertimentos. Ganador de reconocimientos nacionales e internacionales, es también académico destacado, invitado a numerosas universidades nacionales y extranjeras.

Dante Medina, *A ojo de buen diablo. Poesía completa (1972-2008)*, Amargordediciones, Barcelona, 2019.

Efraín Huerta (Silao, Guanajuato, 2014; Ciudad de México 1982). Fue un poeta y periodista que en su poesía reflejó con crudeza la voz de la ciudad. Su obra, descarnada, tiene, no obstante, toques líricos y eróticos certeros y contundentes. Escribió numerosos poemínimos y dejó una considerable obra periodística.

Efraín Huerta, *Los hombres del alba*, Géminis, México, 1944.

Elizabeth Bishop (Massachusetts 1911, Boston 1979). Fue una reconocida poeta y traductora. Sus trabajos le merecieron distintos premios y reconocimientos, entre ellos el Pulitzer por una recopilación de libros de poemas anteriores. Falleció de una hemorragia cerebral.

Ricardo Ulloa Garay y Gerardo César Hurtado, *Poetas del siglo xx en lengua inglesa: Nuevas traducciones*, Editorial de la Universidad de Costa Rica, Costa Rica, 2004.

Elizabeth Flores (Guadalajara, 1988). Ha combinado el periodismo con la literatura y se ha desempeñado como reportera y articulista. Ha escrito poesía, una novela y distintas colaboraciones para revistas y periódicos locales y nacionales. Desde 2018 radica en Francia, donde continúa mezclando su interés por la poesía con trabajos de edición y periodísticos.

Raúl Bañuelos *et al.* (comps.), *Poesía viva de Jalisco: Antología de la poesía jalisciense contemporánea*, Guadalajara, Secretaría de Cultura de Jalisco, 2004.

Elva Macías (Tuxtla Gutiérrez, 1944). Poetisa mexicana, nacida en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas. Su poesía se caracteriza por estar entre dos mundos, la razón y la intuición, lo sagrado y lo profano, entre los que mantiene un diálogo secreto.

María José Rodilla, *Tiempo vegetal. Poetas y narradores de la frontera sur*, Gobierno del estado de Chiapas / Distrito Federal, 1993.

Enrique Macías (Guadalajara 1951, 2006). Su poesía es irónica y amarga. Sus textos, no obstante, matizada por la esperanza de la lucha social. Obtuvo el Premio de Poesía Joven González León (posteriormente llamado Premio Nacional de Poesía Joven Elías Nandino). Su único libro se publicó póstumamente.

Enrique Macías, *De perrunas furias y otros poemas*, Guadalajara, Jalisco, La Casa del Mago, 2007.

Federico García Lorca (Fuente Vaqueros 1898, camino de Víznar a Alfacar 1936). Fue un poeta, dramaturgo y prosista, dueño de una voz poética muy personal y llena de profundos matices. Formó parte de la Generación del 27, y su obra lo convirtió en uno de los más grandes poetas españoles del siglo xx. Fue fusilado por la dictadura franquista.

Federico García Lorca, *Sonetos del amor oscuro, Diván del Tamarit*, Lumen, Barcelona, 2010.

Francisco de Molina (Lagos de Moreno, 1975). Poeta y narrador que participó en los talleres de El Tlacuache y Ricardo Esquer, ha publicado en varios suplementos y antologías.

El poema que se incluye es inédito.

Françoise Roy (Québec, Canadá, 1959). Vive en Guadalajara desde 1992. Estudió Geografía en la Universidad de Maryland y Master of Arts en la Universidad de Florida. Ha publicado tres novelas (en español y en francés), once poemarios, una plaqueta de poesía y un libro de cuentos; ha tra-

ducido cerca de cincuenta libros. En 1997, recibió el Premio Nacional de Traducción Literaria otorgado por el INBA.

El texto que se incluye es inédito

Greta Rodríguez (Ciudad de La Habana, Cuba, 1975). Editora del Instituto Cubano de Radio y Televisión, está catalogada en la corriente de la nueva poesía experimental cubana.

Agustín Labrada, *Moneda nacional (Antología de jóvenes poetas cubanos nacidos entre 1971 y 1981)*, Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, Villahermosa, 2003.

Gustavo García (Guadalajara, 1964). Es poeta, editor, autor de varios libros de poesía y participante en la vida cultural de su ciudad natal. Ha guardado largos silencios, pero nunca se aleja del todo de la poesía.

Raúl Bañuelos *et. al.*, *Poesía viva de Jalisco: Antología de la poesía jalisciense contemporánea*, Guadalajara, Secretaría de Cultura de Jalisco, 2004.

Hermenegildo Olguín (Guadalajara, 1959). Es periodista, escritor y editor. Dirige desde hace quince años el taller Casa Editorial La Casa del Mago, que ha publicado poesía, narrativa y periodismo que rescata luchas sociales.

El poema que se incluye es inédito

Hugo Gutiérrez Vega (Guadalajara, 1934-México, 2015). Fue un destacado poeta mexicano. Recibió los más altos reconocimientos nacionales y algunos internacionales. Fue

también diplomático, actor, traductor y periodista (ganador del Premio Nacional de Periodismo). Dirigió durante más de quince años el suplemento *La Jornada Semanal*.

Hugo Gutiérrez Vega, *Peregrinaciones: Poesía reunida 1965-1999*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2002.

Jaime Sabines (Tuxtla Gutiérrez 1926, México 1999). Fue un poeta cuya obra ejerció gran influencia en el México del siglo xx. Su poesía se vale del lenguaje conversacional para alcanzar niveles de gran intensidad, incluso cuando utiliza como recursos el humor y la sátira. Dejó su obra en una veintena de poemarios.

Jaime Sabines, *Antología poética*, Fondo de Cultura Económica, México, 2005.

Javier Molina (San Cristóbal de las Casas, 1942). La poesía de este poeta tiene el sello de la poesía rock de los años 60, triste, melancólico y denunciante por sus descripciones de la soledad. Ha sido reportero cultural de *UnomásUno* y *La Jornada*.

Javier Molina, *Muestrario*, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Gobierno del estado de Chiapas, 1984.

John Keats (Londres 1795, Roma 1821). Fue uno de los principales poetas del Romanticismo. Aunque sus pocos libros no fueron bien recibidos en su momento, han mostrado que él fue un gran poeta. Como otros románticos, el poeta

murió de tuberculosis, una enfermedad que había matado a su madre y diezmado a su familia.

Poema tomado de <https://ciudadseva.com/texto/a-quien-en-la-ciudad-estuvo-largo-tiempo/>

Jorge Souza Jauffred (Guadalajara, 1950). Es poeta, ensayista y periodista. Doctor en lingüística y profesor de la Universidad de Guadalajara, dirige actualmente la Cátedra de Poesía Hugo Gutiérrez Vega de esa casa de estudios. Ha investigado la poesía de Jalisco. Una treintena de libros y algunos premios son el fruto de su trabajo.

Jorge Souza Jauffred, *Tela de araña*, Cuaderno Breve, 1983, Guadalajara Jalisco, y *Sabedores tristísimos de ningún remedio*, Praxis Dosfilos, Zacatecas, 1985.

Jorge Orendáin (Guadalajara, 1967). Es poeta y editor. Tiene la maestría en Literatura del Siglo xx. Ha publicado libros de poesía y editado revistas. Dirige la editorial La Zonámbula, con un catálogo de casi 200 títulos, principalmente de poesía. Es profesor y dirige talleres literarios en su ciudad natal.

Los textos que se incluyen son inéditos.

José Asunción Silva (Bogotá 1865-1896). Fue uno de los más importantes precursores del modernismo, a pesar de que se suicidó a los 30 años con un disparo al corazón. En su

poesía y en su prosa se percibe ya la renovación del lenguaje literario de Hispanoamérica.

José Asunción Silva, *Poemas*, Barcelona, Red, 2018.

José Emilio Pacheco (Ciudad de México, 1939-2014). Fue poeta, destacado investigador y ensayista, además de narrador, cronista y traductor. Una de las figuras claves de las letras mexicanas del siglo xx. Su honradez intelectual fue una de las características principales de su carrera.

José Emilio Pacheco. *No me preguntes cómo pasa el tiempo*, México, Joaquín Mortiz, 1997.

José Ticket (Las Flores, Tabasco, 1926; Ciudad de México, 2006) Activo participante de la vida literaria del sur de México. Estudió Filosofía y Derecho. Publicó una decena de libros de poesía y ensayos, y fue colaborador de periódicos de la capital del país y su estado natal.

María José Rodilla, *Tiempo vegetal. Poetas y narradores de la frontera sur*, Gobierno del estado de Chiapas, Distrito Federal, 1993.

Lionel Valdivia (Camagüey, Cuba, 1975). Además de dedicar un tiempo a la poesía, funge como entrenador de fútbol. Publicó el libro de poemas *Travesía hacia el naufragio*.

Agustín Labrada, *Moneda nacional (Antología de jóvenes poetas cubanos nacidos entre 1971 y 1981)*, Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, Villahermosa, 2003.

Liudmila Quincoses (Sancti Spiritus, Cuba, 1975). Ha publicado los libros *Un libro raro, Dónde se cuenta la historia de un hombre...*, *En el último sendero el iniciado piensa* y *Los territorios de la Muerte*. Se desempeña como editora en las Ediciones Luminaria, de Sancti Spiritus.

Agustín Labrada, *Moneda nacional (Antología de jóvenes poetas cubanos nacidos entre 1971 y 1981)*, Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, Villahermosa, 2003.

Luis Armenta Malpica (Ciudad de México, 1961). Vive en Guadalajara desde los once años. Es poeta y director de Mantis Editores, ganador de una treintena de premios nacionales e internacionales. Su poesía ha sido ya traducida a una docena de lenguas. Como editor, ha publicado a numerosos autores importantes de la lengua española.

Luis Armenta, *Voluntad de la luz*, Mantis Editores, Guadalajara, 1996.

Marco Antonio Campos (Ciudad de México, 1949). Es un poeta, narrador, ensayista, traductor y cronista que ha recibido numerosos premios, como el Xavier Villaurrutia, el Pablo Neruda, el Ramón López Velarde y el Casa de las Américas (en la categoría de poesía). Se ha desempeñado como editor huésped en varias universidades extranjeras y como director de difusión cultural en la UNAM.

Marco Antonio Campos, *El forastero en la tierra* (1970-2004), México, El Tucán de Virginia, 2007.

María Baranda (Ciudad de México, 1962). Poeta, narradora y traductora. Miembro del Sistema Nacional de Creadores desde 1999. Entre los numerosos premios que ha obtenido destacan el Poesía Aguascalientes en 2003 por su libro *Dylan y las ballenas*, y otros por sus obras de poesía infantil como *Tulia y la tecla mágica* y *Ángela en el cielo de Saturno*.

Maylén Domínguez (Cruces, Cuba 1973). Ha publicado los títulos *Historias contra el polvo* (1998), *Evangelista y los recuerdos* (2001) y *Estancias en lo efímero* (2001).

Agustín Labrada, *Moneda nacional (Antología de jóvenes poetas cubanos nacidos entre 1971 y 1981)*. Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, Villahermosa, 2003.

Miguel León Portilla (Ciudad de México 1926, 2019). Fue filósofo, historiador y gran estudioso de la cultura náhuatl. En sus numerosos libros sobre el tema incursiona, no sólo en la vida de los pueblos nahuas, sino también en el sentido de su palabra y en su filosofía. A él se deben las principales traducciones de la poesía náhuatl.

Miguel León-Portilla (ed). *Cantares mexicanos*, Vol. 2, Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México, 2011.

Minerva Margarita Villarreal (Montemorelos, 1957). Es poeta, académica y editora. Su obra ha sido reconocida con distinciones como el Premio Nacional de Poesía Aguascalientes en 2016. Es autora de más de veinte libros de poemas

y ha publicado también en decenas de revistas y suplementos culturales.

Poema tomado de <https://cuadrivio.net/la-cancion-sangre-poesia-del-de-sierto-i-2/> el 14 de junio de 2018.

Pablo Manuel Guerra (Holguín, Cuba, 1973). Joven poeta que ha colaborado en distintas revistas dentro y fuera de Cuba. Trabaja como auditor en su ciudad.

Agustín Labrada, *Moneda nacional (Antología de jóvenes poetas cubanos nacidos entre 1971 y 1981)*, Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, Villahermosa, 2003.

Ramiro Lomelí (Barra de Navidad, 1965). Estudió Letras Hispánicas en la Universidad de Guadalajara. Es un poeta que ha centrado su obra en la descripción de los rasgos identitarios de Guadalajara, donde ha vivido casi toda su vida. Fue becario del CECA Jalisco. Escribe artículos periodísticos en algunos medios digitales.

Raúl Bañuelos *et al.*, *Poesía viva de Jalisco*, Secretaría de Cultura de Jalisco, Universidad de Guadalajara, Conaculta, Guadalajara, 2004.

Raúl Aceves (Guadalajara, 1951). Es profesor-investigador del Departamento de Estudios Literarios de la Universidad de Guadalajara desde 1988. Ha publicado varios libros de poesía, además de antologías, compilaciones y libros de ensayo literario.

Raúl Aceves, *Expedición al ser*, Guadalajara, Conexión Gráfica, 1989.

Raúl Bañuelos (Guadalajara, 1954). Fundó y mantuvo un taller literario de nombre Anti taller de poesía César Vallejo por 30 años. En sus casi veinte libros, el lenguaje conversacional se revela como la posibilidad de modelar la realidad con una transparencia inusitada.

Raúl Bañuelos, *De tres tres, Bañuelos, Ramírez, Torres Sánchez*, Premiá, México, 1986.

Roberto Arizmendi (Aguascalientes, 1945). Es poeta y ha desempeñado diversos cargos directivos en organismos académicos. Ha mantenido talleres, premios literarios y encuentros. Es autor de más de 30 libros sobre temas académicos. Su poesía está en numerosas revistas y antologías.

Roberto Arismendi. *Saberte de memoria*, Ediciones Fósforo, Hermosillo, 2009.

Valmiki (siglo II a. C?). Es el legendario escritor del *Ramayana*, la epopeya que cuenta la vida de Rama, séptima encarnación de Vishnú. Valmiki está considerado como el primer poeta de la India y, antes que poeta, fue salteador de caminos hasta su conversión.

Valmiki, *El Ramayana*, en https://www.viajeporindia.com/india/antiguasescrituras/Ramayana_1.pdf

Víctor Hugo (Besanzón, 1802; París, 1885) ha sido uno de los mayores novelistas y poetas de las letras occidentales, además de político e intelectual. Su trabajo dejó obras trascendentales como *Los Miserables* y *Nuestra Señora de París*. Su influencia en las siguientes generaciones de escritores fue decisiva.

Poema tomado de <https://ciudadseva.com/texto/ayer-al-anocheer/>

Wang Wei (provincia china de Shanxi 701, 161). Uno de los artistas más dotados de la época T'ang. Fue poeta, pintor, calígrafo y músico altamente distinguido. El emperador Hsüan-Tsung lo nombró secretario de Estado. Fue un adepto del Budismo, y tanto su poesía como su pintura revelan el alto desarrollo de su visión interior. Pasó su vejez escribiendo poesía y pintando en compañía de sus amigos.

Roberto Curto (compilador, traductor y editor), *Las mejores poesías chinas. Li Po y otros*, consultado en <http://files.bibliotecadepoesiacontemporanea.webnode.es/200000109-44d2445cc3/Las%20mejores%20poesias%20chinas.pdf>



**Escenario
abierto. Poemas
en torno a la ciudad**

se terminó de editar en noviembre de 2019 en las
oficinas de la Editorial Universidad de Guadalajara, José
Bonifacio Andrada 2679, Lomas de Guevara, 44657
Guadalajara, Jalisco

Ilana Ávalos González
Coordinación editorial

Jorge Orendáin
Cuidado editorial

Georgina Fernández Preciado
Diseño y diagramación